

Acaloides de papel. Una encuesta argentina de 1923 sobre la “literatura barata”

En la segunda década del siglo XX se asiste en Buenos Aires a un fenómeno editorial a partir de la confluencia de diversos factores: la ampliación de un público alfabetizado, las nuevas tecnologías en el campo de la edición, que permiten abaratar costos y multiplicar tiradas, y la vinculación de autores y editores en una empresa común. Aparecen así numerosas colecciones de diverso signo y muy variados programas, cuya difusión se sitúa al margen de las librerías tradicionales. Kioscos, estaciones de subterráneo y ferrocarril, venta a domicilio, son los espacios por donde circulan estas publicaciones, bajo un común denominador: ser “literatura barata”, es decir, al alcance de empleados, oficinistas, costureras, obreros y, en general, de una población no sobrada de recursos, pero abierta a los consumos culturales.

El fenómeno de esta “literatura hebdomadaria” cobra una dimensión que alarma a los espíritus atentos a la educación estética y moral de la población menos instruida. Se plantea entonces un debate sobre las causas de lo que se conceptúa como una perniciosa enfermedad —la “mala lectura”— y sobre las maneras de combatirla.

En particular, las voces de la crítica, a un tiempo estética y moral, se levantan contra las publicaciones de un género que se constituye en la Argentina a partir de 1917, siguiendo un modelo surgido en España una década atrás:¹ las colecciones de “novelas semanales”.²

¹ Eduardo Zamacois fue el iniciador de esta empresa, a través de varias exitosas colecciones, como *El cuento semanal* (1907); cf. Sáinz de Robles, 1975.

² Hasta el momento hemos encontrado, solamente en la Argentina, más de veinte colecciones de “novelas semanales” entre 1917 y 1941; su etapa de mayor producción debe situarse entre 1917 y 1924. Este fenómeno editorial se da simultáneamente en otros países de América Latina: hasta donde hemos podido investigar, México, Colombia, Venezuela.

En 1923 —en pleno auge de estas publicaciones— aparecen en el periódico *La Razón* una serie de notas reunidas bajo el título “Literatura pornográfica, ñoña o cursi. Nuestra encuesta para averiguar por qué el público, los autores y las casas editoriales facilitan su incremento”.

La Razón, un vespertino que no ha cumplido todavía veinte años de existencia,³ es un diario conservador, con claras simpatías por el naciente fascismo italiano y una abierta hostilidad hacia los movimientos anarquistas y socialistas de la época, tanto en Europa como en sus manifestaciones locales. Erigido como defensor de los valores amenazados por la “democracia corruptora” instalada a partir de 1916,⁴ el diario había iniciado pocos días antes una violenta campaña para denunciar los “alcaloides y drogas nocivas [...], vicios exóticos difundidos en Buenos Aires en todas las clases sociales [...], vicios vergonzosos que no tienen razón de existir en un país de trabajo como es el nuestro” (*LR*, 28-4-1923).

Dentro de esta óptica nacionalista que atribuye a lo extranjero todos los males del país —tesis extendida a cualquier ideología “peligrosa”, “exótica”— el diario se autoimpone la misión de despertar las conciencias dormidas o culposamente negligentes frente a este flagelo social. Ya lanzado a esta vocación redentora, inicia su nueva tarea de purificación: denunciar y buscar remedio a los males que produce la “literatura barata”, tan peligrosa, advierte, como la circulación de las drogas en la ciudad de Buenos Aires.⁵

³ Lo funda en 1905 José Cortejarena; posteriormente queda en manos de su yerno, Ricardo Peralta Ramos, y de sus descendientes.

⁴ En 1916 la reforma electoral que impone el voto secreto y obligatorio cierra un extenso periodo de gobiernos conservadores y lleva al poder a la Unión Cívica Radical, con su caudillo, Hipólito Yrigoyen (1916-1922), primero, y luego con Marcelo T. de Alvear (1922-1928).

⁵ Como lo señala Pérez Montfort (1999: 9) para México en el mismo periodo, en la Argentina “la sociedad citadina [...] de fines del siglo pasado y principios de éste todavía no había dejado que la conciencia de las drogas y sus efectos se convirtiera en un enemigo omnipresente”. De hecho, mientras en Francia e Inglaterra se condenaba a prisión y a trabajos forzados a traficantes y consumidores, en la Argentina el Código Penal calificaba su consumo como simple infracción; por primera vez, un decreto de 1919 reglamentó la importación y venta de drogas y alcaloides.

Para la encuesta se seleccionan diez figuras destacadas en el campo de la cultura: escritores, periodistas, editores, críticos de arte.⁶ Los autores entrevistados son: Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas, Pedro Sondereguer, Juan Agustín García, Atilio Chiappori, José Ingenieros, Eduardo Carrasquilla Mallarino, Manuel Gálvez, Alfredo Bianchi, Alejandro Cánepa. Por razones de espacio, hemos escogido para esta publicación cinco de esas entrevistas, aquellas que, por el lugar de los autores en el campo intelectual del periodo o por las opiniones expresadas, ofrecen mayor interés para el debate en cuestión.⁷

Por lo general, los periodistas de *La Razón* no firman sus artículos. No disponemos por ello de otros datos sobre el anónimo redactor que los que se desprenden de los textos. El periodista se presenta como un cruzado de la causa por la buena literatura y parte de una posición, por lo general, mucho más condenatoria que la de los propios entrevistados, con excepción de Leopoldo Lugones, adusto defensor de los valores de la Nación.

A través de la encuesta se puede trazar el perfil de una etapa de la cultura argentina, en la que se hacen patentes las tensiones entre los diversos factores que emergen en esta modernidad: la irrupción de la masa inmigrante y su influencia sobre el idioma nacional; el papel “civilizador” que se le confiere a la escuela y a la prensa; la presencia del mercado que modifica los valores establecidos y renueva el canon hasta entonces indiscutido; la polémica en torno a la obra literaria como objeto de arte o como mercancía.

Más allá del interés que la encuesta ofrece en sí misma como testimonio de una época de renovación de paradigmas culturales, los planteamientos que en ella se presentan adquieren nuevo sentido al insertarlos en un discurso de larga tradición: el de la lectura vigilada y censurada.

Si bien los impresos estuvieron desde sus inicios europeos bajo el control de instancias del Estado o de la Iglesia, como lo atestiguan las

⁶ Casi todos ellos, por cierto, colaboran en las novelas semanales, algunos asiduamente (Sondereguer, Carrasquilla Mallarino, Alejandro Cánepa); otros, en forma esporádica (Rojas, Gálvez, Ingenieros, Chiappori).

⁷ Las restantes entrevistas han sido transcritas y están a disposición de los investigadores interesados en consultarlas. El número romano corresponde al orden en que fueron publicadas las que aquí se reproducen.

“licencias” que figuran en las portadas de los libros de la edad moderna, esta vigilancia se vuelve más estricta, y adopta nuevas modalidades, cuando aumenta la difusión de los libros, llegando a un público crecientemente mayoritario. Chartier estudia “la fuerte penetración de la cultura impresa en las sociedades del Antiguo Régimen [...]; el papel pedagógico, disciplinante, aculturante, atribuido a los textos puestos en circulación para numerosos lectores; [...] los controles ejercidos sobre lo impreso, sometido a una censura que debe alejar todo lo que podría poner en peligro el orden, la religión o la moral” (Chartier, 1994: 38).

En la medida en que la lectura se vuelve un hábito entre las masas alfabetizadas —a partir del impulso de una Revolución Industrial que requiere de mano de obra instruida—, la vigilancia sobre el consumo de la letra impresa se convierte en una preocupación para los sectores de poder. Las voces que dan la alerta provienen de diferentes campos: la Iglesia, las instituciones educativas, la “alta cultura”, el periodismo de opinión.

Estos diversos discursos convergen en una misma convicción: la lectura es una herramienta eficaz y poderosa, que opera directamente —sin mediaciones— en el espíritu del lector, mediante una identificación que lo impulsaría a desarrollar las conductas que el libro promueve. Este poder se ve reforzado —se supone, se teme— cuando recae en los espíritus maleables de las masas incultas: introduce ideas anarquizantes entre los trabajadores, arrastra a las mujeres a perniciosas fantasías, corrompe el gusto estético, halaga los más bajos instintos.⁸

A través de la encuesta de *La Razón*, sin embargo, puede observarse que la mayor parte de los autores entrevistados no se encasillan rígidamente en esta línea de pensamiento. Si bien comparten algunos de los aprioris antes citados, predomina en ellos una concepción progresista, basada en la fe en la tarea de la escuela “civilizadora”, el periodismo “sano” y la labor persistente de los buenos escritores. Todos ellos son

⁸ Vale aclarar que la “literatura pornográfica”, que tanto preocupa a *La Razón*, tenía escasa circulación en Buenos Aires, generalmente a través de traducciones (del francés) o de las novelas españolas de Zamacois, Belda, Retana o Felipe Trigo. Lo confirman los mismos entrevistados (Rojas, Gálvez y particularmente Chiappori).

tópicos que hegemonizan en esta etapa el debate sobre la formación y la difusión de una cultura nacional creadora de identidad.

Casi un siglo después, han cambiado radicalmente los discursos sobre la lectura. “A los llamados a la movilización contra el ‘libro malo’ han sucedido las campañas por la defensa de la lectura. ‘¡No importa lo que lean, con tal de que lean!’ se ha convertido en un principio de política cultural y pedagógica”: lo que Anne-Marie Thiesse (2000: 258) dice sobre la cultura francesa de la Belle Époque resuena con ecos familiares para nuestras sociedades hispanoamericanas.

Lo que permanece vigente es la mirada preocupada y recelosa sobre los consumos culturales de las masas. En tal sentido, la encuesta de *La Razón* constituye un valioso documento sobre los mecanismos de control de la “alta cultura” y sus instituciones.

MARGARITA PIERINI

Universidad Nacional de Quilmes (Argentina)

Literatura pornográfica, ñoña o cursi. Nuestra encuesta para averiguar por qué el público, los autores y las casas editoriales facilitan su incremento (*La Razón*, Buenos Aires, 26 de abril de 1923, p. 3.)⁹

Consecuente con su propósito de luchar en favor de todo lo que signifique ennoblecimiento y depuración de nuestro medio, este medio ha decidido iniciar una encuesta cuyos alcances están suficientemente explicados en el título de este suelto. Es visible que nuestro genio original va desapareciendo devorado por una ola de pornografía. La argentinidad, como emoción y como problema, es lo bastante rica para inspirar a nuestros escritores; sin embargo, éstos prefieren escatologizar dentro de las peores formas extranjeras y viciar, con deplorables propósitos de lucro, lo que hay en las nuestras.

Claro está que al decir “nuestros escritores” la expresión no es tan absoluta ni tan general como parece. Felizmente, aún nos quedan mu-

⁹ [Conservamos la puntuación de los textos, tal como la reproduce la autora. N. de la R.]

chos que no han manchado su sensibilidad. Pero no puede negarse que también son muchos los que se han entregado a la orgía de las publicaciones hebdomadarias. A estos fabricantes de productos nocivos el público les responde entusiastamente. Es algo así como un aspecto del negocio de los alcaloides. Ya Anatole France llamó a la lectura “opio de Occidente”. Si la lectura en general es un vicio, la mala lectura tiene que ser una podredumbre.

Si *La Razón* ha iniciado una campaña contra los alcaloides y la sigue con brillantes resultados, justo es, para que esa campaña se integre, que ahora vayamos contra la literatura perversa e inartística, contra el libro deformante de alma y pantano de la inteligencia. Repetimos: se trata de un alcaloide más, un alcaloide terriblemente devastador.

Para dar mayor eficacia a nuestra acción, hemos querido que sean escritores y editores los que, desde estas columnas, le hablen al público, que sean profesionales los que expliquen por qué vamos precipitándonos en los abismos de la pornografía. En todas partes del mundo, esta literatura cuenta con un sector editorial apreciable; pero contra ella se opone, en gran escala, la otra literatura, aquella que es obra del arte, aquella en que la inteligencia y la sensibilidad cumplen aciertos trascendentes dentro de órdenes nuevos de la realidad o sirven para embellecer los conocidos. Entre nosotros, y para los efectos puramente editoriales, esta literatura está en minoría. Y como el escritor, en la mayoría de los casos, se inclina al público, resulta que poco a poco tendemos a convertirnos en una vasta librería de literatura morbosa, cursi o insubstancial.

El problema es complejo y vale la pena dilucidarlo. Nosotros hemos tratado de reducirlo a tres preguntas, que son las que hemos dirigido a un grupo selecto de escritores y editores. Tales preguntas dicen:

—¿Por qué gran parte de nuestros literatos dedican tanta actividad a las publicaciones de mala índole, pornográficas, cursis y ñoñas y que tienden enérgicamente a una educación a la inversa y a destruir los fundamentos intelectuales de nuestra nacionalidad?

—¿Por qué el público parece hallarse incapacitado para realizar un esfuerzo propicio a la cultura y a la belleza?

—¿Cree Ud. que los grandes diarios, las revistas de valía y nuestras incipientes casas editoriales podrían hacer algo más de lo que hacen a

favor de la buena lectura y del cultivo elegante de la sensibilidad y la inteligencia?

Dentro de estas tres preguntas oscilan varias; muchas interrogaciones que llamaremos secundarias, pero que tienden a la solución del problema. Ya cada uno de los interrogados tenderá, en el curso de la “interview”, a darles horizontes a las preguntas y, por tanto, a hacer más extenso el alcance de las respuestas. Estamos seguros de hacer, fieles a nuestro inamovible propósito periodístico, otra obra de bien público y de servir a los más puros intereses ideales de la colectividad.

Las entrevistas

I. Leopoldo Lugones, desde su alta y desinteresada posición de maestro, señala los caminos para combatir la mala literatura y relaciona sutilmente nuestra ignorancia idiomática con el nacimiento de la obra pornográfica, ñoña o cursi.¹⁰ [*La Razón*, 2 de mayo. 5ª edición, p. 1.]

En su clara y tranquila oficina de la biblioteca del Consejo Nacional de Educación nos recibe afablemente Leopoldo Lugones. Se sienta al lado nuestro y escucha el interrogatorio resumido en las tres preguntas que nuestros lectores conocen. Medita un rato y luego lanza esta frase fulminante:

¹⁰ Leopoldo Lugones (1874-1938) es en el momento de la encuesta una autoridad indiscutida en el campo de la cultura nacional. Director de la Biblioteca Nacional del Maestro, pontifica solemnemente sobre los valores del arte tradicional y critica acerbamente las novedades de la modernidad (ya sea la “literatura barata” o los textos de la vanguardia). Como respuesta a sus juicios denigratorios sobre las publicaciones semanales, un editorialista de *La novela semanal*, Manuel M. Oliver, le contesta con un furibundo artículo (“La mala literatura y el dios amarillo”, *LNS* (1923) 14: 5), echándole en cara su pasado anarquista y su posterior “conversión” en funcionario y vocero del régimen: “¡Oh Maestro del *Misal Rojo*, de las bravas, recias y feroces dentelladas gramaticales contra la sociedad burguesa y sus crías! ¡Qué admirable poder tiene tu espíritu para aclimatarse al arrullo aristocrático y abominar del pobre pueblo, ‘envenenado’ de vil prosa!”

—En lo que se refiere a la literatura pornográfica, o si se quiere a toda la pornografía, me parece que se trata, simplemente, de una cuestión correccional o policial, igual que si se hubiera de proceder contra la venta de cualquier inmundicia dañosa.

—Pero lo cierto es, interrumpimos, que se trata de un florecimiento estercolario de esa literatura, lo mismo que de la otra, la cursi o ñoña.

—Si contra la pornografía no existe sino el camino que les he indicado, contra las pavadas¹¹ y las cursilerías no hay, también, sino un camino: educar el gusto del público.

—Pero para ello, interrumpimos de nuevo, sería preciso que esa suerte de literatura no contara, como cuenta, con la colaboración de muchos hombres de letras.

—El porqué todos esos señores caen en esos lugares, es cosa que no me interesa ni creo que le interese al público. Luego, habrá que ver lo que se entiende por “hombres de letras”. Creo, sigue tras una breve pausa, que lo único que hace falta es educar al público, y en esto me parece que la acción del diario es más eficaz que la del libro. Bastará que el público se acostumbre a leer diarios serios y bien escritos para que se desvíe de todo lo pavo, lo cursi y lo sucio en literatura.

—Pero, insistimos, prensa como la que usted dice existe, y sin embargo la perversión del gusto público continúa. Debe haber, pues, algo más fundamental o más hondo. Le rogamos que escarbe.

Lugones piensa reconcentradamente y al fin, con lentitud goteante, nos dice:

—Para incrementar lo cursi, lo pornográfico y lo insípido, ha influido nuestra atroz incultura del idioma. Eso acarrea, desde luego, la imprecisión del lenguaje. Ahora bien: toda frase imprecisa es una mentira en potencia y ocasiona una deformación espiritual que, con la frecuencia, se vuelve monstruosidad. Sucede algo análogo a lo que le pasaría a un individuo que, obligado a cojear por un mal zapato, acaba por volverse definitivamente cojo. Y aquí no basta ya la acción de la prensa, ni siquiera la más lenta, pero más profunda, del libro; sino que es indis-

¹¹ Lugones usa dos términos muy coloquiales, *pavadas* y *pavos*, para significar ‘tonterías’, ‘cosas sin sustancia’.

pensable la de la escuela, cuyo estado al respecto es aterrador. El texto mal escrito, pésimamente escrito, es la regla nuestra en materia escolar y, salvo excepciones rarísimas, el maestro habla como el texto. Todo el problema, pues, se reduce a que aprendamos bien nuestro idioma, con la evidencia de que esto ha de bastar para dar orientación noble a nuestra sensibilidad.

Luego, el maestro se extiende en largas consideraciones sobre nuestra calamidad escolar. Gira la charla y nos dice que aquí, como en todos los sitios de la tierra, donde hay una colectividad humana existe la posibilidad de un arte peculiar.

—Autóctono, no, añade, porque lo único que tenemos de autóctono es la tierra, lo demás es sólo peculiar.

Tras un corto silencio, Lugones se extraña de que hayamos acudido a él para solicitar opinión acerca de esa deplorable literatura.

—Estoy muy lejos de esos mercados literarios, nos dice, y no sé cómo se desarrollan.

—Por eso mismo hemos venido a usted, le declaramos. Por eso y porque su desinterés se avalora por su alta autoridad en materia de arte y de educación.

Lugones nos da las gracias. Por la ventana y desde la plaza Rodríguez Peña atisba el crepúsculo. Indudablemente, es hora de despedirse.

II. Ricardo Rojas, el eminente escritor nacionalista, decano de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, opina sobre la inundación literaria de la gran ciudad cosmopolita.¹² [*La Razón*, 14 de mayo, p. 4.]

Es en un discreto y elegante saloncito, junto a una vitrina llena de curiosidades precoloniales, donde Ricardo Rojas se somete al reportaje.

¹² Ricardo Rojas (1882-1957) es una de las figuras más representativas de la "Generación del Centenario". A través de sus ensayos y de la cátedra universitaria predicó la necesidad de un "nacionalismo cultural" superador de la fragmentación con que, según el diagnóstico de su grupo, las corrientes migratorias amenazaban la identidad nacional.

Cuando le presentamos nuestro cuestionario, nos dijo que si queríamos referirnos a la mala literatura, desde el punto de vista moral o desde el punto de vista estético. Le respondimos que a las dos. Entonces agregó:

—La literatura que, por su vocabulario o por su asunto, contraría las normas morales, es tan vieja y tan universal como la buena literatura. En la “Divina Comedia” y en el “Quijote” hay palabras soeces que ustedes no podrían estampar en su diario. En Boccaccio y en Rabelais, dos maestros, hay situaciones que ustedes no podrían describir en cierta buena sociedad. A pesar de esto, hay, indudablemente, una especie de novela y de teatro libertino, que ha cundido mucho en el siglo XIX y que debe considerarse como un producto de la libertad. Pero es justo reconocer que los más afortunados autores de esta especie no son argentinos sino europeos, como se comprobaría fácilmente con sólo echar una ojeada en las librerías de Florida o en los quioscos de la avenida de Mayo. Si estas obras tienen o no un mérito literario, es cuestión muy compleja, que no puedo tratar aquí. En cuanto a las obras perversamente escritas, cualquiera que sea su asunto, es problema distinto, y la causa de su auge se ha de buscar en nuestro cosmopolitismo sin cultura y en nuestra educación sin severas disciplinas en cuanto atañe al idioma.

—¿Y cómo cree Ud. que se remedian los males que provienen de la libertad?

—Los males de la libertad, en arte, como en política, se remedian con los bienes mismos de la libertad y con la cultura democrática.

—¿Y los males que provienen de la educación sin disciplinas y del cosmopolitismo sin cultura, entre los que suponemos que incluye usted a las malas traducciones?

—Yo, nos dice, no soy pesimista en cuanto a la inundación literaria que padece Buenos Aires. No cabe duda de que se trata de una literatura muy mala; pero algo bueno se ha publicado en medio de esta balumba, y es gracias a tan fuerte diluvio literario que nuestro pueblo va aprendiendo a leer. Conozco el caso de una cocinera que cita a Tolstoi. Acaso esto se deba, remontando los acontecimientos, a todos esos montones de papel impreso y barato.

—Pero lo cierto, señor, es que eso va pervirtiéndose, y sería bueno saber cómo se ha producido, a fin de que sepamos cómo hemos de remediarlo.

—Buenos Aires es ciudad que se compone de razas dialectales. Italianos, rusos, españoles, son los que forman el grueso de nuestra masa inmigratoria. Esa masa cuenta con un promedio aterrador de analfabetos. Según últimas cifras, en la capital y provincia de Buenos Aires hay medio millón de extranjeros que no saben leer ni escribir. Ninguno de esos extranjeros —y hagan ustedes las excepciones razonables— habla un idioma nacional. Unos son de Ucrania, otros de Galicia, otros de Sicilia. Traen, pues, sus elementos dialectales y con ellos se inficiona nuestra lengua.

—¿Y la escuela?

—La acción escolar es deficiente entre nosotros. Se cree que las letras son inútiles y que sólo la ciencia vale. La escuela primaria debiera tener por principal objeto enseñar al niño a escribir y a hablar con precisión y a pensar con orden y medida. Pero le enseña una serie de inutilidades pseudo científicas y el arte de hablar naufraga. El niño, que en la escuela no aprende a hablar, ni oralmente ni por escrito, va al hogar y allí se encuentra con que sus padres hablan un rusocriollo ininteligible y la servidumbre un criollogalaico tan complicado como el *patois* paterno. De su casa sale a la calle y la calle lo asorda con su *argot* cosmopolita. Lee los diarios, la propaganda callejera, los programas de teatro, y siempre se encuentra el mismo idioma infame. Por otra parte, el desmesurado amor a los deportes y el mercantilismo sin órbita, le enseñan que lo que vale es la violencia y que para nada cuenta la armonía. Y el arte se funda sobre la medida, sobre la proporción, cosas ausentes de nuestra vida colectiva. Ese niño, pues, que en la escuela apenas tiene tres o dos horas a la semana para aprender su idioma, enseñado por quienes lo aprendieron con iguales métodos —ese niño que en el hogar y en la calle sigue bajo la influencia deformadora del cosmopolitismo dialectal y analfabeto—, ese niño, cuando le llega la hora de escoger sus lecturas, cae en aquellas cuya comprensión le es más fácil, en aquellas que están más cerca de su sensibilidad. Conviene recordar que las lenguas dialectales son de léxico pobre y apenas cuentan con palabras para los sucesos o sentimientos simples. Las ideas generales, los sutiles movimientos de la sensibilidad, allí no tienen nombre. Se explica, pues, que en nuestra literatura popular todo sea tan corto, tan sin horizonte, tan inconsistente. En semejantes condiciones, la pornografía resulta sensacional.

—Pero, ¿y los diarios?

—Los diarios podrían aliviar en gran parte la situación; mas una parte de ellos están escritos en esa lengua de criminales que ya usan hasta nuestras niñas de la primera clase social. No niego que los haya bien escritos y cuidados; pero la buena acción que puedan ejercer, se ve neutralizada por la inmensidad de papel leíble que representan las otras publicaciones. Y, sobre todo, no lo olviden, nuestros niños y nuestros jóvenes están embriagados por esta calle porteña, infernalmente ruidosa, soezmente mal hablada; por este teatro criollo que es catedral del lunfardo; por esta escuela criolla donde, por cierta disposición ministerial, se redujo en un curso del Colegio Nacional a dos horas semanales el estudio de la composición literaria para darle más horas a la física, cuando en los liceos de Europa hay una hora diaria de idioma nacional y otra de latín, durante varios años.

Ya no estudiamos humanidades; disciplinas mentales tan valiosas como el estudio del latín, no se cultivan. Todo es falsa ciencia; nomenclaturas copiosísimas, enciclopedismos delirantes, deportes... Nuestra literatura popular no puede ser sino como es. Nos morimos de cosmopolitismo. Arriba, en las clases directoras, cosmopolitismo de ideas y de cultura; abajo, cosmopolitismo de raza. Entre nuestros prohombres, hay quien se enorgullece de no leer nada en español; nuestras gentes elegantes tienen para todo nombres extranjeros; nombres extranjeros tienen nuestros *sportsmen*.

—¿Y esto no tiene solución?

—Ni la necesita. No soy, repito, pesimista, ante el horror de nuestra literatura popular. Debemos, sí, en el periódico y en el libro, luchar por la integridad de nuestro idioma, que es, en substancia, nuestra cultura. Debemos luchar por el triunfo de las ideas de medida, de proporción, de armonía, que eso es belleza. Por el momento, es ingenuo aspirar a que nuestra ciudad turbulenta, difusa, enorme, se componga de pulidos atenienses. Todo lo que viene de fuera se queda en Buenos Aires. Aquí está el Hotel de Inmigrantes y esta ciudad tienta a los que llegan: tienta con sus avenidas, con sus luces, con sus automóviles, con su edificación. El inmigrante prefiere ser barrendero o sirviente en Buenos Aires a ser propietario en la campaña. Cuando esta inmensa colmena se descongestione y cuando la obra de los que luchan por la integridad de

nuestro genio del idioma y por las tradiciones de la raza, sea comprendida, aunque amemos el juego y la ciencia, entonces leeremos bastante y bueno. Entretanto, ya es un consuelo pensar que aunque leamos malo, leemos mucho. No hay que descorazonarse.

Y en la voz sonora y lenta y en el ademán de Rojas, vibra una robusta esperanza. Recogemos la última frase como una divisa: “Aunque leamos malo, leemos mucho. Y no hay que olvidar que hace años nada leía nuestro pueblo”.

Al despedirnos, Ricardo Rojas dijo:

—Más alarmantes que ciertas novelas y sainetes, en cuanto a su funesto influjo sobre la sensibilidad moral y estética, lo son el cinematógrafo, ciertos deportes y la política guaranga¹³ con su respectiva literatura.

V. Nos da sus opiniones Atilio Chiappori, el original cuentista y novelador y atildado crítico de arte.¹⁴ [*La Razón*, 28 de mayo, p. 5.]

Ambiente propicio para abordar temas de arte es el del Museo Nacional de Bellas Artes —feliz redundancia— del cual Atilio Chiappori es, mercedamente, secretario. En un despacho tranquilo y calefactado voluptuosamente Chiappori y el periodista acometen el tema, mientras fuman ante un americanísimo cenicero calchaquí.¹⁵

—Hace años, nos dice Chiappori, llegaron aquí unos españoles adinerados. Me parece que se apellidaban Martínez Orozco. Traían el propósito de fundar en Buenos Aires algo que era como el cuento o la novela hebdomadario. Venían bien orientados y se dirigían a los mejores literatos, pidiéndoles novelas cortas —o cuentos largos— y ofreciendo honorarios más que razonables. Ni uno solo de nuestros hombres de

¹³ *guaranga*: ‘sucia’.

¹⁴ Atilio Chiappori (1880-1947), novelista y crítico de arte, fue durante muchos años secretario del Museo de Bellas Artes de Buenos Aires y posteriormente director. Durante su gestión se trasladó el Museo desde su sede en la Plaza San Martín a la que ocupa en la actualidad.

¹⁵ *calchaquí*: ‘de la población argentina del mismo nombre, en la provincia de Santa Fe’.

letras entregó originales a los señores Martínez Orozco, aunque todos los prometieron. Como tuve el honor de contarme entre los solicitados, figuro entre los que prometieron y faltaron. De esto que les cuento, no hace tantos años que digamos. El fracaso de aquellos señores podría probar que nuestros hombres de letras no se hallan suficientemente preparados para abordar el género de la novela y que, en general, la literatura de imaginación no tiene, entre nosotros, el número de cultores suficiente para mantener, con pleno decoro literario, las infinitas publicaciones que, en Buenos Aires, nos dan, cada siete días, una novela corta o un cuento largo. La verdad es que nuestros noveladores cortos o cuentistas largos, de buena ley, no son muchos más que los dedos de una mano. Los de las dos, siendo optimistas; con tan pocos productores, es imposible invadir el mercado.

—Sin embargo está invadido.

—Con mala mercadería, inevitablemente. O mejor, con mercadería pura: de tarde en tarde surge una obra digna de llamarse artística. Quiere decir que si se tratara de darnos una publicación trimestral, acertaríamos. Seleccionar, sería fácil.

—Pero, ¿y el público?

—No hay que indignarse con el público. No es el público el que ha obligado a los editores a publicar pavadas. Son los editores los que han acostumbrado al público a la pavada. Aparte de que no tenemos el número de productores suficiente para dar siempre obras de arte, dentro de esas publicaciones, ocurre que los editores tienen siempre criterio económico y que, casi siempre, por no pagar bien o por no pagar, publican cosas de gentes inexpertas, que se contentan con ver sus esperpentos en letras de molde. En este caso, el público es la víctima. Tengo la seguridad de que si la prensa de buena ley —diarios y revistas— se empeñaran en acoger la obra literaria y sus columnas fueran más frecuentadas por nuestros artistas literarios, el público se transformaría hasta obligar a los otros editores a suspender sus publicaciones o a mejorarlas.

—Queda el problema de la pornografía.

—Es de solución más fácil. Los autores argentinos casi no producen obra pornográfica. Toda la pornografía que nos dan es extranjera. Sucede algo muy especial: la literatura francesa es rica en obras que podríamos llamar picarescas, pero que no llegan, precisamente, a pornográfi-

cas. Esas obras, traducidas al español, son francamente pornográficas: no sé si es por incapacidad de los traductores o porque los matices y vibraciones del francés no caben dentro de la rotundidad y dureza del castellano. Lo cierto es que nuestro mercado de libros está lleno de esas traducciones y que ellas constituyen el peligro pornográfico que estamos discutiendo. Moderadamente, también la literatura española se manifiesta rica en pornografía. Todos conocemos autores españolísimos que cultivan con deplorable acierto ese género e invaden nuestra librería. Todo se reduce, pues, a vigilar la venta de libros, como se vigila la de bebidas o la de alimentos; hay sí, que tener cuidado, porque es muy fácil, en esa vigilancia, cometer delitos contra la libertad de pensamiento o de expresión y, a veces, condenar por indecente obra que es, ante todo artística.

—¿Ve usted remedios?

—No veo sino uno: combinar enérgicamente, la acción de la escuela con la de la prensa. Que la escuela incline al niño hacia las formas armónicas de pensamiento y de expresión. Que la prensa incite al hombre las mismas formas.

Y Chiappori y el reportero se enfrascan en una larga disquisición sobre los alcances intelectuales y estéticos de nuestra prensa. Pero ni Chiappori ni el periodista son indiscretos.

VIII. Manuel Gálvez, el fino y popular novelista, explica, por paradoja, el florecimiento de la mala literatura.¹⁶ [*La Razón*, 9 de junio, p. 5.]

Nada menos que en un rincón burocrático encontramos al más intelectual e inquieto de los novelistas argentinos. No está muy al tanto de nuestra encuesta porque se ha encontrado ausente, debido a quehaceres burocráticos; pero algo conoce de ella y nos pide que formulemos exactamente las preguntas. Satisfecho su deseo, dice:

¹⁶ Manuel Gálvez (1882-1962), una de las figuras más destacadas de la narrativa argentina de la primera mitad del siglo XX, creador de revistas y de editoriales que fomentaron la difusión de los escritores nacionales.

—Eso de que los literatos se entreguen a producir tal especie de literatura, me parece complejo. Conviene saber una de estas dos cosas: qué literatos se entregan a tal ocupación o qué es un literato. Porque supongo que no hemos de considerar literatos a...

—Ahorre usted nombres, le interrumpimos. La palabra literatos está ahí porque poner: escritores o cualquier otra, nos parecería excesivo. Pero déle usted al vocablo toda la extensión que quiera.

—Siendo así, sigue Gálvez, entremos en materia. Hace veinte años, en Buenos Aires no se leía y conozco el caso de un talentoso escritor que publicó un libro y vendió dos ejemplares. Leer era cosa que desprestigiaba. No había mujer que se atreviese a confesar que leía y en cuanto a los hombres, se consideraba de ocioso el amor a los libros. Ahora empezamos a leer y sería injusto pedirle al gran público que si prefiere las novelas, se dedique a Marcel Proust, a Barbusse, a Baroja. La modistilla, el cochero, la mucama,¹⁷ no pueden leer sino lo que llamamos “mala literatura”. Ahí encuentran sus propias vidas, con sus mismas pasiones, sus mismos vicios y sus mismas ansias; es natural que se recreen con tal suerte de papel impreso. Es humano que el vulgo, y aun lo que no es vulgo, busque libros que lo retratan, en los que se tocan temas por él conocidos a fuerza de vivirlos. Sólo los temperamentos de excepción buscan en los libros lo desconocido. Tal es la función de la cultura. La plebe jamás aspira a la cultura. En el mejor de los casos, aspira a la distracción y para ello busca novelas. En Francia, se entrega a la novela de adulterios vulgares o de amores espinosos; en los países anglosajones, la novela policial domina el mercado. Entre nosotros, la novelilla milonguera, con un poco de “cabaré”, es la que ilusiona a la modistilla, al cochero, a la mucama. ¿Qué quieren ustedes que lean estas gentes?

—Desde luego, decimos, tienen que leer eso, porque no tienen otra cosa; así queda explicado todo en cuanto se refiere al público. Pero, en cuanto se refiere a los autores, nos parece que podrían ser más escrupulosos; si usted quiere, más decentes.

—Los autores que escriben para la plebe, contesta Gálvez, no pueden ser sino plebeyos. Se limitan a contar sus propias vidas, en lo que

¹⁷ *mucama*: ‘sirvienta’.

éstas tiene de aventurillas picantes. No pueden interesarse por problemas sociales, intelectuales o psicológicos. Si se interesaran, dejarían de ser autores de plebe, autores industriales, sometidos a la oferta y a la demanda.

—Pero los editores podrían ser más inteligentes, apuntamos.

—Editores, verdaderos editores, en el concepto europeo y civilizado de la palabra, no los tenemos. Tenemos gente que imprime papel porque saben que impreso con ciertas cosas, es negocio. El editor, no lo niego, es siempre un comerciante; pero el buen editor es, a la vez, un artista. Y no existe entre nosotros. De todos modos, gracias a los mercaderes, nuestro pueblo ya lee. Poco a poco se irá purificando y alguna vez leerá a los maestros de la novela. Porque conviene advertir que el gran público no lee sino novelas.

—Aceptado, le decimos, que el gran público ame la novela de aventuras, la novela de trama terrorífica; pero no vemos la urgencia de la pornografía.

—La sensibilidad del gran público, afirma Gálvez, necesita la descripción del vicio para interesarse. Además —y esto ya lo observó Julio Camba— de la pornografía tienen la culpa los autores púdicos. Estos autores se empeñan en mostrarnos la vida por una sola cara. Provocan, pues, por reacción, el surgimiento de los otros autores, de los pornográficos, que, a su vez, se deciden a enseñarnos la otra cara de la vida. Y es que ni unos ni otros son artistas. Escriben tendenciosamente: los primeros, con el propósito de ser pudibundos a toda costa, y nada más que pudibundos; los otros, con el fin de ser escandalosos a toda costa, y nada más que escandalosos. Al verdadero artista no le importa eso del pudor o del impudor. Le importa la vida, y sólo se ocupa en reflejarla; y así, con el mismo espíritu describe una primera comunión que una escena de cabaret. De ahí que los escritores no artistas que invaden el mercado se dividan en dos categorías: castos y pornográficos. Los primeros son los tendenciosamente púdicos; esos que le garantizan al padre de familia que las niñas pueden leer sus obras. Los padres de familia por lo general no tienen humor ni tiempo para analizar, por sí mismos, las obras que deben leer las niñas: las toman, pues, de manos del autor que se presenta oleado y sacramentado y con todos los testimonios canónicos de pureza que la moral doméstica exige. Ese autor es, por lo

general, cursi, y por su culpa nace el otro autor, el pornográfico, que se ocupa en dar qué leer a todos aquellos que no están uncidos a la moral doméstica: al cochero, a la modistilla, a la mucama. Tal es lo que podríamos llamar el aspecto negativo de los puntos cuestionados. En cuanto al aspecto positivo, pues indudablemente lo tiene, está en dos hechos: nuestro aumento de lectores y el ansia que hay de leer autores argentinos. Existe un nacionalismo del libro.

—Bien, decimos; pero entonces en Buenos Aires el público podría leer las obras de verdaderos escritores; podría leerlo a usted, podría leer a Benito Lynch, podría...

—No siga, salta Gálvez. Yo no soy un autor para el gran público. Mis novelas tratan de problemas que al público no le interesan.¹⁸ En cuanto al caso de Benito Lynch, se trata de un revelador del campo, que no puede interesar a los porteños de la clase media, que jamás han salido de la ciudad. El gaucho, la vida campera, la vida en las estancias, no le importan a la modistilla ni a la mucama. Ellas quieren algo de la ciudad, algo que ellas conozcan y sientan. Ni Lynch ni yo ni los otros que ustedes iban a citar podemos creer en nuestros éxitos de librería para Buenos Aires. Espero que algún día los tendremos.

—¿Cuando nuestro público lea mejor?

—Exacto, pontifica Gálvez, con ingenio y consolador optimismo. Y, tras una pausa, declara, con entristecida generosidad: Por lo demás, no creo que esa literatura que es materia de la encuesta sea tan mala, tan excesivamente mala. No la conozco; pero sospecho que hay en ella algo de elemento humano. Los autores que cuentan sus aventuras dando detalles, a veces sin saberlo, del amor en Buenos Aires, de la mujer de la clase media y de la sensualidad femenina, toda esa literatura servirá dentro de algunas docenas de años para que un gran novelista se documente y cree la gran novela del Buenos Aires de hoy.

—Ya es un consuelo, susurramos al despedirnos.

¹⁸ La hoja de la entrevista a Gálvez en el ejemplar de *La Razón* que hemos consultado fue arrancada y después reintegrada —afortunadamente— a su lugar, si bien bastante dañada. ¿Algún investigador curioso —y enemigo de perder el tiempo copiando el original— la tomó prestada para fotocopiarla?

IX. Alfredo Bianchi, fundador y codirector de *Nosotros*, la irreprochable revista literaria, opina que lo más importante es que la gente lea.¹⁹ [La Razón, 12 de junio.]

Desde el momento en que Alfredo Bianchi es, con Julio Noé, director de la única revista que, entre nosotros, merece, sin distingos y sin complacencia, el nombre de literaria, justo era que acudiéramos a uno de ellos para solicitarle su opinión acerca de esto que ya se llama, generalizando un poco, “mala literatura”. Ninguno de los dos directores está en la casa. Tras una espera que no es corta, llega Bianchi. Conoce puntualmente nuestra encuesta y nos dice que viene de discutir sobre ella con algunos amigos.

—Por mi parte, dice, no soy enemigo de ese diluvio literario. El asunto es leer. Podemos considerar que el gran público es un niño. Y todos de niños hemos leído obras deplorables: Carolina Invernizio, Luis de Val, Montepin. Ninguno de nosotros está libre de culpa en este orden. Supongamos que sean 200 000 los lectores asiduos de esa mala literatura. Y supongamos que de esos 200 000 sólo 1 000 evolucionan y llegan a ser personas cultas. Es evidente que algo se sale ganando.

—¿No teme usted que el gusto del público se estrague definitivamente?

—No: la selección se produce a pesar de todo. De ese montón que lee mucho y malo, algo de bueno saldrá. Hasta puede afirmarse que ya entre lo publicado hay bastante producción más que aceptable.

—Usted es optimista, le observamos, y su ardiente optimismo se comprueba en el tesón que ha tenido para mantener *Nosotros*.

—No discuto mi optimismo; pero dejándolo aparte, hay que reconocer que entre no leer nada y leer algo, aunque sea malo, mejor es leer algo. De la curiosidad y de la costumbre de leer, nacen las vocaciones intelectuales. La mayor parte de culpa de que la juventud no lea otra cosa que la llamada “mala literatura” la tiene el absoluto desquicio en

¹⁹ Alfredo Bianchi (1882-1942), periodista, profesor de castellano y literatura. Funda en 1907 *Nosotros*, una de las revistas literarias de mayor influencia en las primeras décadas del siglo xx, que dirige con Roberto Giusti —salvo un breve periodo, entre 1920 y 1924, en que lo acompaña Julio Noé.

que ha caído nuestra enseñanza, que se halla, en gran parte, en manos de analfabetos, muchos de ellos productores de esa misma mala literatura que se combate. Se explica, pues, que los alumnos deseen conocer las obras de sus maestros. Mientras los profesores de castellano y literatura no sean hombres con verdadera cultura literaria y que sepan despertar en sus alumnos la curiosidad por la lectura y por la buena lectura, éstos preferirán, indudablemente, la producción picante. Pero no sólo los profesores tienen la culpa, sino también algunas autoridades de Instrucción Pública, que entregaron la enseñanza a los muchachos, con los resultados que ahora se palpan. Felizmente, en el gobierno actual se nota una fuerte reacción a favor de la seriedad de los estudios, lo que nos hace esperar tiempos mejores; por lo demás, creo, pues, que la aclimatación de tanta novela semanal de distinto color ha dado motivo al fenómeno de que ahora subsistan en Buenos Aires una media docena de editoriales que publican, por 20 centavos, íntegramente las mejores obras de la literatura universal. Y esas obras las lee un numerosísimo público que se ha acostumbrado a leer con las publicaciones semanales y no con la revista "Nosotros". En cuanto a la pornografía, la hay en todas partes.

—¿En la misma proporción que en Buenos Aires?

—Convengo en que la proporción no es la misma; pero tampoco en el resto del mundo hay carencia de raza, olvido de las tradiciones y excesiva juventud. Poco a poco, la pornografía irá recobrando su nivel.

—¿De modo que usted cree que las cosas hay que dejarlas como están?

—De ningún modo. Creo que hay que buscar no precisamente remedios, sino disciplinas. En primer lugar, es preciso que cuidemos la enseñanza secundaria, prolongándola a siete años y con estudio serio de humanidades. Nuestra muchachada es inteligente, pero no tiene maestros, le faltan conductores. Y, además, nuestros planes de enseñanza carecen de orientación verdaderamente cultural; modificado todo esto, es seguro que la reacción a favor de la buena literatura o, por lo menos, de una literatura decorosa, se irá produciendo. No seamos ni pesimistas ni alarmistas. Hay que confiar en el porvenir.

—Díganos: ¿lo que usted nos ha dicho es la opinión de *Nosotros*?

—Muy relativamente. Más bien es mi opinión personal. Es muy posible que Noé piense lo contrario. Volviendo a nuestro tema, les diré

que aquí, donde se dan casos de escritores y periodistas que no leen nada, absolutamente nada, y que viven a ciegas y a sordas de lo que pasa en el mundo, no deja de ser consolador ese espectáculo de las multitudes que siempre llevan papel impreso en la mano. Más temible que un canillita²⁰ que lee malas novelas, es un periodista que no lee nada. Creo, pues, que acaso, la encuesta por hacer sería ésta: ¿por qué entre nuestros escritores y periodistas no se cultiva más el amor a la lectura?

Ante la posibilidad de tan terrible encuesta, optamos por terminar el reportaje a Bianchi.

Bibliografía citada

CHARTIER, Roger, 1994. *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona: Gedisa.

LNS: *La novela semanal* (Buenos Aires).

LR: *La Razón* (Buenos Aires).

PÉREZ MONTFORT, Ricardo, 1999. *Yerba, goma y polvo*. México: Era / Conaculta / INAH.

SÁINZ DE ROBLES, Federico, 1975. *La promoción de "El cuento semanal" (1907-1925). Un interesante e imprescindible capítulo de la historia de la novela española*. Madrid: Espasa-Calpe.

TIESSE, Anne-Marie, 2000. *Le roman du quotidien. Lecteurs et lectures populaires à la Belle Époque*. Paris: Seuil.

²⁰ *canillita*: 'muchacho que vende periódicos'.